

SUPLEMENTO INFANTIL

DE

EL BIEN PÚBLICO

Mahón, 5 de Noviembre de 1925

¡AYÚDATE!

¿Por qué has de fiar sólo en el esfuerzo ajeno? Por escasos que sean tus años, empezarás a tener tu «propia dignidad», un algo interno que te dicta las acciones; un prurito que te lleva a realizar sinnúmero de pequeños hechos. No todos serán buenos, ni te dejarán satisfecho. Pero no serás perezoso, abúlico. El peor mal que pudiera acontecerte sería el de la holganza. Si permaneces inactivo, ya desde pequeño serás, para los tuyos y para la sociedad, un parásito.

Habituete al trabajo, a algún práctico entretenimiento. No te pido que estudies horas interminables, no. Sin libros también puedes aprender infinitas cosas que te serán de gran provecho. La vida común de cada día, con sus cuidados, necesidades y deberes, ofrece amplia oportunidad para adquirir provechosa experiencia y vasto campo para la propia instrucción. Todo lo que te rodea significa incansables esfuerzos de tus semejantes. Todas las comodidades de que disfrutas, han costado sinsabores e infinitos esfuerzos a tus mayores. ¿No has meditado nunca sobre los sacrificios que habrán tenido que hacer tus padres para criarte y educarte? A tu alrededor hay acumulada cierta riqueza, esparcida por todo tu hogar. No fué grano de anís para tus padres crear el bienestar de que disfrutas. Tus estudios, tus diversiones, tus placeres, todo ha sido conquistado pacientemente, tenazmente por tus padres. Tú, aunque de pocos años, empieza a comprenderlo, a apreciarlo, y se irá formando en tí un deseo, una voluntad de hacer algo, o, cuando meños, de prepararte para rendir algún esfuerzo en plazo no lejano, que te enorgullezca. La historia está llena de ejemplos de niños que en su propio hogar fueron formando su carácter, su temperamento y realizaron obras y hechos que admiraron a los mayores. El hogar será siempre tu primera y mejor escuela. Los mejores ejemplos los tendrás entre los tuyos, y nada te favorecerá tanto como esas lecciones familiares del cotidiano vivir. «La higuera que mira a otra, higuera que acaba por fructificar», dicen los árabes; y así sucederá si tu tienes un buen ejemplo en tu propia casa que te sirve de guía y enseñanza. Lo demás, has de ir poniéndolo tú mismo.

¡Ayúdate!

F. DE RICO.

PASEOS POR EL MAPA

El hombre primitivo en pleno siglo XX

No creais, ni mucho menos, que por estar en el siglo XX todos los hombres llevan gabán de traballa ni sombrero hongo.

Por el contrario, hay todavía tribus perfectamente salvajes en sus usos y costumbres, a los que importa un comino comerse vivo a un semejante, ni

ir vestidos, con un exiguo taparrabos.

Sin ir más lejos—¿para qué?—no tenemos más que embarcarnos en Marsella y salir en uno de los paquebotes que hacen el servicio con el extremo Oriente. Allí, en la isla de Borneo, encontraremos algo de lo que vamos buscando. Las costas de la isla son regiones muy cultivadas, cubiertas de plantaciones de maíz y pobladas de elegantes villas, habitadas por los colonos holandeses e ingleses, que tienen allí hasta campo de tenis y toman sus helados para soportar los rigores del verano. Pues bien; en esta isla, que por fuera parece más civilizada que Cerdeña, no hay mas que remontarse a las regiones montañosas del centro y del sur. Con sólo recorrer una corta distancia, se puede llegar a un poblado de *Dayaks*, extraña raza, muy parecida a los malayos, salvaje por demás. Os sentiréis transportados a la Edad de Cobre. Armas, utensilios, todo es de cobre, hasta los corsés de las mujeres, que en esto de presumir allá se van las de un sitio con las de otro. Cada uno de estos individuos tiene a la puerta de su casa de bambú un cráneo humano. Otros cráneos hay adornando, con bonitos festones, el resto del edificio. Esta delicada ornamentación os indicará las cariñosas ideas que tienen con respecto a sus semejantes, a los que no despreciarán la menor ocasión de cortar la cabeza, como prueba de amistad. En este país, el más preciado regalo de boda consiste en una valiosa colección de cabezas cortadas.

Pero no creais que son estos angelitos los únicos que se divierten con tan ingenuas costumbres y están en los primeros períodos de la civilización.

Si no tenéis inconveniente, visitemos a los *Battaks* de Sumatra, cerca de Nueva Guinea (Oceania). En medio de la más encantadora vegetación, encontraréis a unos tíos enormes de grandes, fuertes y robustos, con el cuerpo pintado de rojo, de amarillo, de blanco y de negro, y con todo el pelo erizado; en fin, unos señores bastante imponentes, con la mandíbula saliente y nariz achatada. Son los papúes, a quienes tenemos el honor de presentar. Como estas islas están infestadas de multitud de animales molestos, como son las serpientes y los insectos venenosos, estos señores colocan sus casas en lo alto de los árboles, por lo que tienen mejores vistas que un cuarto piso y muy buena ventilación. Todos los días estos papúes salen de paseo, con su lanza o con su arco, a ver lo que pasa por los alrededores y cazar lo que buenamente se presenta; pero, en cuanto comienza a oscurecer, empiezan a subirse a los árboles a toda prisa, para poder dormir a salvo de visitantes inoportunos.

También los papúes de las islas de la Melanesia, el archipiélago de Bismarck, las islas de Salomón, las Nuevas Hébridas, las Fidji y las de Harwai, en la Polinesia, están bastante salvajes.

Los de Harwai no están mucho más adelantados que los salvajes de la Edad de Piedra. Los de Fidji son de lo más antropógafo que se conoce por ahí.

No es extraño en Australia, junto a las grandes ciudades de Melbourne y Sidney, que alcanzan un elevadísimo grado de civilización, encontrar fajas extensísimas de terreno, en donde viven—si se puede llamar vida a la miserable existencia que arrastran—miles de individuos en estado de absoluto salvajismo.

Australia es extensísima, y aunque la civilización extiende por ella sus protectores brazos, el esfuerzo del mundo civilizado no es bastante para arrancar de la entraña de aquella enorme isla la simiente del salvajismo y de la barbarie, que durante siglos y siglos—desde los tiempos más oscuros y más remotos—brota en la feracísima tierra.

España vista por los pequeños españoles

EL ESCORIAL

El Escorial, pueblo de unos cinco mil habitantes, está titulado al pie de la cordillera Carpetana, a unos cuarenta kilómetros de Madrid.

Su Monasterio es un grandioso edificio, rodeado por dos grandes plazas. El material empleado en su construcción es de piedra berroqueña o granito; los tejados están cubiertos de pizarras y planchas de plomo, y las nueve torres realzan su hermosura y grandeza. Duró la construcción veintidós años: desde el 23 de abril de 1563 al 13 de septiembre de 1584.

Tiene el edificio 16 patios, 11 aljibes, 88 fuentes, 13 oratorios, 7 refectorios, 9 torres, 15 claustros, 86 escaleras, 300 celdas, más de 1.600 pinturas al óleo y murales, 1.200 puertas y 2.673 ventanas. El Real Monasterio de San Lorenzo fué construido por orden de Felipe II, en acción de gracias por la derrota que sufrieron las tropas francesas el día 10 de agosto de 1557, bajo los muros de San Quintín.

Las obras de este monasterio estuvieron a cargo de Juan Bautista de Toledo, y, a la muerte de éste, fueron continuadas por Juan de Herrera, que las terminó el año 1584.

Encima de la fachada principal se ve la estatua de San Lorenzo, obra de Montenegro.

La puerta principal da al patio de Reyes, que así se llama por tener las estatuas de los Reyes Josafat, David, Salomón, Josías y Manases, de cinco metros de altura, y que decoran la fachada de la iglesia. A la izquierda se encuentra el colegio; a la derecha, el convento, y enfrente, el templo.

Se penetra en el templo por una gran puerta, de forma cuadrada; en el centro se encuentra el cimborrio (torre mayor), que mide 90 metros y que descansa sobre cuatro grandes pilares.

El efecto que produce es grandioso.

En las bóvedas de las naves, pinturas de Luca y Giordano, representando escenas de la Santa Biblia. El interior está rodeado por cuarenta y dos altares, con hermosos cuadrados.

Antes de llegar a la capilla mayor,

pende del techo una hermosa lámpara, y, a pesar de no tener nada de notable, costó 340.000 reales y 7.000 el cordón de seda que la sostiene. Es de bronce, dorado a fuego, y hecha por los plateros Nicolás Cervantes y Miguel García, en 1833. En resumen, sólo la iglesia costó cinco millones de reales.

En la sacristía se encuentra una Sagrada Forma, regalada por Carlos II a Felipe II.

La sagrada Forma, todavía incorrupta después de más de tres siglos que fué profanada por un hereje, en compañía de otros, en Goscamia (Holanda). En ella se notan tres roturas que, al parecer, fueron producidas por los clavos que llevaría en el calzado el que la pisó y de las que brotó sangre en el momento de cometer tan horrible sacrilegio. Este milagro produjo tal emoción al hereje que se convirtió en fervoroso católico y más tarde en religioso franciscano.

El panteón de Reyes, situado debajo del altar, mayor, sirve de sepulcro a los Reyes, españoles. Al lado de éste está el panteón de los infantes.

La Casita del Príncipe fué construida en el año 1772, por Villanueva, para el príncipe Carlos. El decorado interior es de muy buen gusto. En particular el del salón de la torre.

CIRIACO FERNÁNDEZ-TEJADA.
(Catorce años, Madrid.)

Los cazadores

Hallábanse sentados a la orilla del río Ebro tres amigos de cazar en el monte. Después de estar varias horas hablando, iban a marcharse cada cuál en su dirección, cuando uno de ellos dijo:

—Creo, queridos amigos, que ahora sí que nos dejarán cazar en estos lugares.

Después de estar unos minutos vacilando, se marcharon los tres a su afición.

Dos días después se encontraban aquellos mismos cazadores en el sitio, cargados con sus relucientes escopetas y sus bonitos sarnachos de correa, cuando empezaron a esparcirse uno por cada lado de un coto, y en dirección al Norte. Al cabo de media hora que iban por dicho lugar, una bonita liebre, con su pelo pardo y sus pupilas fijas en los cazadores y las orejas tiesas como si fuesen de mármol, los miraba, esperando fuesen en su busca.

Vió que uno de los cazadores levantaba la escopeta para dispararle un tiro, y echó a correr con la misma ligereza de una liebre.

Y los cazadores, al verla, dispararon sus escopetas sobre el animal.

Fué tanta la desgracia de éstos, que, después de dispararle sus proyectiles, no lograron hacer blanco.

Y la liebre, con farsa burlona, se puso encima de una piedra, y enseñando sus afilados dientes de marfil, parecía que aún se burlaba de sus perseguidores, quienes, después de mucho correr de-

trás del animal, no lograron hacerse con él. La liebre, después de bajar de la piedra en que estaba sentada, se marchó a su escondite para no volver a hallarse frente a frente de sus perseguidores.

Los cazadores, después de estar unos momentos buscando la presa, decían: —¡Mira que era lista esa liebre; hay que ver!

Aún no habían concluido de decir tal frase, cuando vieron al animalito detrás de ellos mismos.

Y los tres, muy oportunos, cogieron sus escopetas, y al apretar el gatillo, se vieron con la sorpresa de que la escopeta no estaba cargada. El animal parecía que lo sabía, y se paseaba burlonamente por delante de sus perseguidores.

Ya cansados los tres hombres de seguir inútilmente aquel bicho tan raro, se marcharon camino adelante, hasta que llegaron a un lugar que había una cueva llamada «Llobatera».

Estuvieron en dicho sitio sentados unos momentos, y sacando de sus sarnachos las comidas de fiambre que llevaban, comieron tranquilamente y descansaron unos momentos. Después de descansar un buen rato, siguieron su marcha.

Cansados los cazadores de andar, se sentaron a la sombra de un olivo y descansaron unos momentos más.

Después de estar varias horas sentados a la sombra de dicho árbol, siguieron su camino adelante y se dirigieron a sus casas, con el sarnacho vacío y cansados de correr estérilmente tras de aquella liebre tan burlona.

RAMÓN REQUENI SALAVERT

El pájaro geométrico

¡Qué magnífico y extraño pájaro es el fenicóptero! Su belleza está en el color: un rosado delicadísimo en el cuello y en el tronco, que se vuelve rojo de fuego debajo de las alas. De ahí, según algunos autores, el nombre que se le ha dado de «flameante» y de «flamenco», de donde viene el español «flamenco». Por lo demás, su nombre científico de fenicóptero es palabra griega, que significa «de alas purpúreas».

Pero más que la belleza de sus plumas, caracteriza a esta ave lo extraño de sus formas: el cuello larguísimo, flexible, terminado por el coloreado pico, y longitud extravagante de sus patas, verdaderos zancos, por lo que a tales aves se las agrupa en su orden, llamado «zancudas».

Su cuello ondea como una serpiente; las piernas, unas veces están rectas las dos, como dos bastones paralelos, y otras (y es lo más frecuente) están de distinta posición; casi siempre se apoyan en la otra sobre una pata, y la otra la coloca de muy raros modos. Es un pájaro geométrico: si el cuello puede servir de modelo a toda clase de curvas, las patas son modelos sirvientes de líneas rectas, quebradas, ángulas, paralelas...

El fenicóptero es un ave de África. En Europa es raro. En la Albufera de Valencia suelen verse algunos, cuando van de paso. En Cerdeña es más frecuente, pues en aquellas marismas suele estar desde Agosto hasta la primavera. Su habitual... profesión es la pesca. Sus largas patas le sirven para caminar por los lagos; su largo cuello, para buscar por el fondo gusanitos y caracoles, de que se alimenta.

Cuando vuela no va solo, sino en bandadas, formando dos grandes líneas en ángulo (el vértice rompe la marcha,

rellenando el espacio entre los lados con los flamencos más débiles).

En Sicilia los llaman «fiammingu». como en España «flamencos».

Por cierto que, hace un cuarto de siglo, los «cantaos» de aires andaluces en los cafés cantantes, los toreros, la gente «de bronce», vestían trajes muy ceñidos que les hacía parecer largas las piernas, y llevaban camisas de cuello bajo que hacían resalir mucho las gargantas de los tales... Y por eso se les llamó «flamencos», y «cante flamenco», al canto andaluz que aquellos practicaban.

Una fábula de Iriarte

LOS DOS CONEJOS

Por entre unas matas, seguido de perros, no diré corria, volaba un conejo.

De su madriguera salió un compañero, y le dijo: tente; amigo, ¿qué es esto?

—¿Qué ha de ser? — responde sin alientos luego; dos picaros galgos me vienen siguiendo.

—Si, replica el otro, por allí los veo; pero no son galgos.

—Pues ¿qué son? — Podencos.

—¿Qué? ¿podencos dices?

Si, como mi abuelo: Galgos y muy galgos.

Bien visto lo tengo.

—Son podencos, ¡vaya, que no entiendes de eso!

—Son galgos te digo.

—Digo que son podencos.

En esta disputa, llegando los perros, pillan descuidados a mis dos conejos.

Los que por cuestiones de poco momento dejan lo que importa, llévense este ejemplo.

CASTIGO Y PREMIO

Amalia, la hija única de Esperanza y Diego, es una muchachita muy cariñosa, inteligente y aplicada.

Hace unas noches fué a visitarla. La encontré cenando, en compañía de sus padres.

—¿No hay más ternera? — preguntó Diego.

—No — respondió Esperanza.

Y agregó la pequeña: — Toma, papá; a mí me tocaron tres pedacitos.

—Para ti, tontuela.

—¿Que me enoje, eal!

Ante la insistencia de Amalia, Diego aceptó el obsequio.

Apenas el papá saboreó el trocito de carne, la chicuela comenzó a palmotear y a reír, gritando:

—¡Te engañé, te engañé!

¡No me serví más que un pedazo de ternera, el que tú te has comido! ¡Te engañé, te engañé!

Diego rió a la pequeña por su mentirilla, pero premió con un beso muy fuerte la galantería... la buena acción.

Y colorín, colorao...

CARMEN RUIZ CASTILLO.
(Madrid.)

FRASES HECHAS

Por qué suele decirse «corre que se las pela»

Cuando habéis leído «corría que se las pelaba», ¿no os quedásteis pensando en lo que eso quería decir?

¡Pues ahora os lo explicaremos nosotros!

Cierta vez, allá por los tiempos de Pelayo, cuando este gran guerrero se defendía en Asturias de los ascendientes de Abd-el-Krim, un español se hallaba prisionero de los moros. Este castella-

no, hombre leal y patriota, no tenía otra idea que reunirse a Pelayo en Covadonga para ayudar al caudillo en la faena de echar de España a los árabes. Pero como se hallaba vigilado cuidadosamente, no podía poner en práctica su idea. Un día la Providencia, que siempre ayuda a las almas nobles, se puso de su lado.

Hasta el campamento musulmán bajó un oso asturiano, dispuesto a morderse a dos docenas de moros. El prisionero cristiano, que le vió, fuése hacia él, y con una piedra del grueso de la bola de Gobernación mató a la fiera, la despellejó y se puso la piel.

A cuatro patas y haciendo el oso, el español comenzó a huir del campamento.

Descubierta la fuga, los árabes echaron detrás de él, y nuestro hombre, saltando de peña en peña, corriendo vertiginosamente, se encaminó a Covadonga.

Cayó varias veces; se rompió la piel de oso que lo cubría. El castellano siguió corriendo; únicamente tenía cubiertas de piel las piernas, y al llegar junto a Pelayo, las perneras eran dos jirones.

Desde entonces, cuando alguien corre mucho, aludiendo a las piernas del prisionero, se dice: «corre que se las pela».

HISTORIA DE UN HOMBRE MUY GRANDE Y DE UN NIÑO MUY PEQUEÑO

Esto era una vez un hombre grande, muy grande; y había también un niño pequeño, muy pequeño.

El hombre grande, muy grande, se llamaba Gigante. Y el pequeño se llamaba Mimo.

El Gigante y Mimo vivían en el mismo camino. A menudo se asomaban a la ventana. El Gigante lo hacía en un ventanal enorme cubierto de flores. Mimo se asomaba a una ventana pequeñita, pequeñita, que parecía un nido de palomas.

Mimo era pobre, y tenía su mamá y una abuela que lo querían mucho, y un burrito que también lo quería.

El Gigante era más pobre, y no tenía más riqueza que un collar de corales que llevaba al cuello: nadie le amaba, pero él era bueno con todos.

El Gigante y Mimo se conocían de verse, pero no se habían hablado nunca.

Un día Mimo le llevaba a su madre un gran cubo lleno de agua que había ido a llenar en la fuente próxima. Pero estaba cansadísimo, sudaba y no podía andar con aquel peso. El Gigante lo vió, bajó a la calle, tomó el cubo con un dedo y lo llevó hasta la puerta de casa Mimo. Aquel día comprendieron que un hombre grande, muy grande, puede ser útil a un niño pequeño, muy pequeño.

Otra vez el Gigante estaba a la ventana, y el collar de esferas de corales que llevaba al cuello se rompió. Y los corales cayeron, saltando a la calle y se esparcieron por todo el piso, hasta rincones muy lejanos. El Gigante se quedó melancólico, pues pensaba: ¿cómo poder inclinarse para coger aquellos granitos? Pero Mimo bajó a la calle, registró hasta los más pequeños rinconitos, recuperó todos los corales sin que faltara uno, y se los llevó al Gigante. Porque un niño pequeño, muy pequeño puede ser útil a un hombre grande, muy grande.

Llegó una tarde en que Mimo, jugando en la calle había echado, sin querer, la pelota al tejado, y tendía lloroso sus brazos. Entonces bajó el Gigante, cogió del tejado la pelota y se la dió a Mimo. El niño se sonrió. Y el Gigante le dijo:

— Todos los días voy a paseo, pero siempre voy solo; ¿quieres venir conmigo?

Mimo estaba por decir que sí, nada más que por cortesía; pero el Gigante añadió: — Cuando te causes te llevaré en hombros. Y Mimo dijo que sí, entusiasmado.

El hombre grande y el niño pequeño fueron, pues, buenos amigos. Hacían juntos largos paseos. Para tener un bonito bastón y apoyarse en las cuestas, el Gigante había descujado un alto abeto joven y le había quitado los nudos; Mimo, por su parte se había hecho un bastoncito con un junco del arroyo.

«A lo mejor decía Mimo:

— Me comería aquellas cerezas tan altas. Y el Gigante alargaba simplemente la mano y le cogía un buen racimo.

O bien decía el Gigante:

— Tengo la boca seca; sin duda que debe

haber alguna fresa entre aquellas hierbecitas, de buena gana me la comería.

Y Mimo buscaba un puñado de fresas y se las daba al Gigante.

Por todo ello había otros chiquillos del país que tenían envidia de Mimo y le decían:

— Ya no quieres venir con nosotros, ¿eh?

— Siempre vas con el Gigante.

— ¡Quién sabe por qué te trata así!

— ¡Quién sabe, pobre Mimo lo que será del!

— Te comerá el mejor día.

— ¡Ah, Mimo infeliz!

— Te digo que un día se te lleva a la cumbre de un monte, y desde allí, con un puntapié, te envía a casa de un salto. ¡Yo tendría miedo de ir con él!

— Y yo.

— ¡Y yo!

— ¡No te fies, Mimo! Te lo decimos por tu bien.

— Te lo decimos por tu bien.

— ¡Por tu bien!

— ¡Por tu bien!

— ¡Tu bien!...

Así, un día y otro día. No es que Mimo tuviese miedo, pero le daba pena que le tuviesen lástima.

El Gigante pasaba y le invitaba a dar un paseo. Pero Mimo le decía:

— Hoy he de trabajar con mamá.

Y apenas el Gigante había deblado la esquinilla, él se iba corriendo a jugar con sus amiguitos.

Cuando regresaba el Gigante, le contaba: — ¡Si vieras cuántas avellanas maduras hay!

Y suspiraba, porque no podía cogerlas.

Y los malos camaradas le susurraban al oído:

— ¿Qué te importan las avellanas?

Mimo concluía:

— Me importan un comino las avellanas.

El Gigante acabó por no invitarle más.

Cuando pasaba lo miraba muy triste, pero seguía adelante. Mimo, en su conciencia, se lamentaba de haber abandonado a su amigo, y para sentir menos aquella vergüenza, huía de él; quiso no verle y quiso convencerse de que no le quería.

Pero un día, la abuelita de Mimo se puso enferma, tan enferma, que el médico dijo:

— Para curarla se necesitan muchas medicinas.

La mamá de Mimo se echó a llorar y exclamó:

— ¿Cómo encontrar dinero? ¡Lo habremos de vender todo!

Y Mimo interrumpió:

— Véndelo todo, pero no vendas el borriquito.

Y la abuelita dijo:

— Véndelo todo, pero no vendas el borriquito de Mimo, que le causaría mucha pena.

¡Prefiero morirte yo!

Cuando tal oyó Mimo, habló así, procurando contener las lágrimas:

— No, abuelita querida; no has de morir.

Venderemos el borriquito, yo mismo iré al mercado, lo venderé y compraré todas las medicinas para mi abuelita.

Y la enferma pensó: — ¡Cuánto me quiere!

Mimo salió con su carrito, y cuando estuvo en la calle, en donde no podía oírle la abuelita, rompió a llorar desolado, mientras decía:

— ¡Pobre burrito mío! Ya no te volveré a ver; tendrás otro dueño. Y me moriré de pena...

— ¿Tu muerte de pena? — exclamó el Gigante, que lo estaba oyendo, y bajó escape la escalera. Mimo le contó lo que pasaba. El Gigante continuó sonriendo:

— Voy a la ciudad a comprar las medicinas para la abuelita. Espérame aquí.

El Gigante corrió y corrió, y volvió en seguida con todas las medicinas necesarias para que se curase la abuelita. Mimo corrió a su casa, le dió las medicinas y al día siguiente, la abuelita quedó curada. En seguida corrió Mimo a abrazar al burrito, y fuése corriendo a ver al Gigante.

— ¿Cómo te lo has arreglado para comprar las medicinas sin dinero? — le dijo.

El Gigante permaneció callado. Mimo corrió a abrazarle.

Entonces se dió cuenta de que su amigo no tenía el collar de corales... ¡Y comprendió! No dijo nada, pero con gran emoción acarició la cabeza del Gigante, diciéndole:

— ¡Siempre te querré mucho!

El Gigante es hoy viejo, muy viejo, y Mimo es un hermoso joven alto y robusto. Entre los dos, cuando van a paseo, apenas hay diferencia, porque la curva de las espaldas del Gigante sobresale poco de la alta cabeza de Mimo.

Por eso se acaba aquí la historia del hombre grande, muy grande, y del niño pequeño, muy pequeño.

C. RAIMOND.

Imp. de M. Sintet Rotger. — Mahón